

el ave perdida



Farah Hallal

Ilustraciones: Ivanna Candelier

el ave perdida

Farah Hallal

Ilustraciones: Ivanna Candelier



Santo Domingo, República Dominicana

Coordinación General

Tomiko Castro
Gerente de Pedagogía

Textos

Farah Hallal

Ilustraciones

Ivanna Candelier

Diseño / Maquetación

Nodo. Comunicación + Diseño

Corrección de textos

Correctomanía

Impresión

Amigo del Hogar

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, la reproducción (electrónica, química, mecánica, óptica, de grabación o de fotocopia), distribución, comunicación pública y transformación de cualquier parte de esta publicación -incluido el diseño de la cubierta- sin la previa autorización escrita de los titulares de la propiedad intelectual y de la editorial. La infracción de estos derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Impreso en República Dominicana, 2017.

dedicatoria

No conocí a mis abuelos ni a mis abuelas. Mami dice que Mamaíta sí me conoció a mí, pero yo no la recuerdo. Como crecí sin abuelos ni abuelas, a lo largo de mi niñez los adopté.

¡Mientras escribía esta historia, tenía en mi corazón a mi tío Domingo (Teté) y mi tía Nenena, quienes ahora son unos abuelitos maravillosos!

Para todos ellos, y en especial para Abuela Mery y Abuelo Topi Topi, va esta historia. Espero que desde el cielo, la puedan disfrutar.

—No es un pájaro como cualquier otro. Este se está perdiendo —dijo tío Nano, el mayor de los dos.

No es tan sencillo saber cuál de los dos es el mayor. Es fácil cuando los hermanos tienen cuatro y siete. Pero cuando ambos se acercan a cumplir los cien años, la cosa resulta más complicada.

—A sus plumas se las comió la jaula —dijo tío Teté. Que era el menor. Un par de hermanos bastante raros que se la pasaban hablando de un pájaro que estaba a punto de desaparecer.

Yo sé que Teté es el menor porque es parte de mi familia. Cinco años después de mi nacimiento aprendí a llamar «tíos» a Nano y a Teté. En realidad, no son —exactamente— mis tíos. Son mis tíos bisabuelos.

Antes de yo nacer, mis abuelos y mis bisabuelos de verdad habían empezado un viaje para el que nadie se acostumbra. Hay quien piensa que no se echa de menos a los abuelos y las abuelas que no se han conocido. Pero en mi caso, no fue así.



Yo siempre los eché de menos. Cuando celebraban el Día del Abuelo en la escuela, yo pasaba las tardes llorando porque no tenía ninguno. Fue cuando a mi papá se le ocurrió la idea de averiguar sobre el destino de sus dos tíos abuelos, Nano y Teté.

Para localizarlos, a mi papá solo le bastó hacer algunas preguntas a sus primos que viven en Estados Unidos. Descubrió que Nano y Teté aún vivían. ¿Lo mejor de todo? ¡que su casa estaba muy cerca de la nuestra! Desde entonces sentí que mi familia, por fin, estaba completa.

Si Teté fuera una pluma, la imagino colorida y bien larga. Sus piernas son palos secos de una madera amarillenta, pero no se nota porque siempre se cubre con ropas salpicadas de alegría.

Siendo el menor, Teté es el más alto. En su cabeza, allá arriba, tiene un nido de cabello al que poco le falta para que sea anidado por las aves del vecindario. Siempre he sospechado que algún día pudiera aparecer en su cabeza algún huevo.

Igual los brazos. Hubo una época, tendría yo seis o siete, que a tío Teté le dio por meditar en nuestro patio, que es grande y tupido como bosque.





Él se quedaba quieto con sus
larguísimos brazos extendidos,
respirando su idea de la paz.
Teté parecía una cruz hecha de
ramas y no un tío bisabuelo
hecho de sentimientos y alegría.



Debido a que sus brazos se abrían como ramas de árboles
y tenía aves dibujadas en los brazos, pronto todos los
seres vivos de mi patio parecían estar hechos de lo mismo:
madera y hojas. Hasta sus arrugas tenían la forma redonda
que el tiempo dibujaba en la corteza de los árboles.

Tío Nano me contó que –alguna vez– eso mismo sucedió con pájaros de verdad. Cuando vivían en el campo y tío Teté se quedaba quieto echado en la yerba. Que los gavilanes de verdad confundían brazos con ramas y se posaban allí. Y que aquello era un suceso muy raro porque, aunque los gavilanes no temían a los brazos de tío Teté, tampoco se andaban posando en los brazos de la gente.

Parece que –para no extrañar aquella experiencia–, tío Teté los quiso tener en sus brazos para siempre. No el gavilán de la Española, porque quien le dibujó los pájaros en sus brazos no sabía cómo dibujar esos gavilanes. El dibujante confesó que él sólo sabía dibujar un tipo de pájaro, uno cualquiera. Mi tío Nano me explicó que poca gente conoce ese tipo de gavilán.

—Ya se están acabando. ¿No es triste? —susurró tío Nano con un río en los ojos. Yo no dije nada porque tío Nano no es divertido como tío Teté. Y yo no quería que se entristeciera más. Si desaparecieran los juguetes que más quiero, eso también me sacaría llanto.

Tío Nano es muy diferente a tío Teté. Él no habría sido una pluma colorida. Habría sido una pluma ancha con dibujos geométricos. Marrón como pluma de gavilán. Todo lo suyo era calculado y medido. No opinaba sin antes pensarlo durante días. Porque tío Nano, antes de decir un cómo, tenía la necesidad de

explicarse un por qué. Tardaba tanto razonando lo que iba a decir, que cuando venía a decirlo, ya la gente estaba hablando de otra cosa.

—Su boca no sirve para nada —llegué, alguna vez, a secretearle a tío Teté.

—A este, para sacarle las palabras, hay que llevarlo al dentista —solía decir entre risas Teté, señalando a Nano. El bigote de Tío Nano parecía sonreír. Hasta cuando lo recogimos del piso, en medio del desmayo, su bigote estaba sonriendo. Nosotros no.

Eso de que tío Nano no hable mucho, a veces, me viene bien. Me gusta mucho sentarme a su lado cuando estoy disgustada con la vida. Me escucha todas las groserías y palabrotas que digo a escondidas de los demás.

Con todo y que a veces parece incapaz de hablar con otro ser humano, tío Nano es muy paciente para conversar con los árboles y los animales. Se queda un tiempo largo mirando los animales, cualquier animal, así sea una araña que teja a velocidad. Esa paciencia que tiene hacia lo que no comparte su idioma, es igual también para mí. De bien chica nadie me tenía paciencia. Tío Nano, sí.

El gato se molestaba si lo arrastraba por la cola. Las gallinas odiaban que les pidiera prestados sus polluelos. Tanto se enojaban, que un día una gallina recién

sacada me persiguió por todo el patio. Los picos de los dos pericos de mi vecina, también me puyaron las manos cuando les saqué de su jaula. ¡Qué odiosos son!

Hablando de pericos, debo decir que si mi tío Teté fuera una pluma, sería la pluma de un perico o un guacamayo. Él se sabe las canciones de moda, las noticias que se publican en las bocas de los vecinos y las ofertas del mercado.

—Su boca no tiene costura —dice mi tío Nano cuando tío Teté no se calla.

Teté repite todos sus recuerdos. Por eso supe que se casó varias veces. Le encanta contarme las historias de su época de enamorado. En algunas de ellas solo habían caballos, pero luego conoció los automóviles, los trenes, los aviones. Y hasta por computadora se ha enamorado ahora. Pero la nueva enamorada no sabe que mi tío Teté casi cumplirá cien años. Y a tío Nano no le gusta eso de negarse a decir una verdad. Por eso se armó tremendo lío. Si hubiera sido una guerra de almohadas, las plumas habrían sepultado toda la cocina.

—Eres un mentiroso —señaló tío Nano al escuchar la noticia de su novia por Internet. Todos en casa dormían la siesta, menos ellos. Y menos yo... porque me despertaron y los encontré en la cocina.

—Ella dice que me ama —replicó tío Teté mientras servía su café. Él humeaba tanto o más que la taza.

—Porque no te ha visto nunca —insistió tío Nano, alzando los brazos al cielo. Para esas discusiones sí que tío Nano tenía palabras en la boca.

—¡Te quejas porque a ti no te mira ni la escoba de nuestra casa! —gritó Teté, enojadísimo por la acusación. Además, insistía que su novia era bellísima y que, como él, amaba a los pájaros.

—¡Tu novia es un aparato de computadora! ¡Viejo verde que no te acabas de poner en sitio! ¡Una novia por correspondencia: un escándalo! —exclamó tío Nano.

—¿Quién va a querer mirarte a ti? —preguntaba Teté.

—¡Nadie, igual que a ti! —gritó tío Nano.

—¡A mí me quieren hasta los gavilanes! —respondió Teté, indignado.

—¡Porque te confunden con un perico!

—¡Eres un hermano insolente!

—¡A ver si me respetas que soy el mayor!

Yo estaba en medio de la discusión, pero no se daban cuenta. Al rato se despertaron todos en casa y, poco a poco, fueron serenándose. Por esa condición de ser tan diferentes, solían discutir por las tardes. Por la mañana era muy difícil que se les viera discutiendo. Hacían vida aparte.

Tío Nano era ayudante voluntario en la estación de bomberos. No apagaba fuegos ni trepaba árboles. Su trabajo consistía en caminar hacia allá lentamente. Se sentaba desde las ocho de la mañana en la entrada de la estación. Si alguien quería saber alguna información, él le indicaba a qué oficina de la estación debía dirigirse.



Y mi tío Nano sabe de incendios porque él estuvo en un fuego de una semana que acabó con el hábitat de los gavilanes que cuidaba desde que era un muchacho, allá en el campo donde nació. Luego, en la ciudad, aprendió a coser. Y, trabajando de sastre, vivió hasta que envejeció. Mi tío Teté me contó que mi tío Nano se enamoró una sola vez.

—Ya no puede coser. No ve ni el ojo de la aguja para pasar el hilo —me contó tío Teté, quien ahora le coloca todo en sitio para que pueda verlo. Así aprendí a no dejar mis muñecas, camiones y trompos tirados por la casa. Porque mi tío Nano no puede verlos y podría tropezar.

Como ya no puede trabajar, hace de voluntario en la estación de bomberos. El año pasado, para la fiesta de Navidad de los bomberos, le dieron un diploma de reconocimiento y su propio sombrero. Y tenía su nombre.

—Con lo viejo que estás, no tengo claro por qué pierdes tu tiempo trabajando con los bomberos. Te sientas ahí todo el día y luego tengo que masajearte la espalda —explicaba tío Teté, que invertía sus días mirando a todo el que pasaba por el frente de su casa, una calle histórica por la que no pasaban automóviles. Solo gente. Y recuerdos históricos.



Tío Teté se dedicaba a hacer retratos de gente que pasaba por la calle de su casa. Algunas personas le pagaban aunque el retrato no se pareciera tanto. Y cobrar le hacía muy feliz. A mí también: porque me compró un vestido en una tienda de la calle histórica. Y, además, me dibujó en una pluma de gavián.

Mis tíos viven juntos. Mi mamá dice que están muy viejitos para cocinar. Por eso, a la hora del almuerzo, vienen a mi casa. Mi papá suele ofrecerles comidas muy suaves y les riñe si se antojan de comer concón.

Por cosas de la vida, el día que uno de mis tíos abuelos se desmayó en medio del almuerzo, hablaba de algo que él disfrutaba mucho: su gavián. Aunque han pasado algunos días, yo recuerdo muy bien ese almuerzo. Fue un sábado inolvidable.

—A ver, tío Nano, ¿qué me dice usted de novedad? —preguntó mi mamá mientras se servía un poco de tomates con lechuga.

—¡Yo tengo una pregunta! —exclamé, mirando al resto. Cada par de ojos me miraba emocionado.

—A ver Malia, dinos tu pregunta —indicó mi papá.



—Si fueran una pluma, ¿cómo serían? —pregunté. Yo quería que mi familia se describiera dentro de una pluma. Yo creo que mi familia sería una pluma de colibrí.

—¡De gavián de la Española! —exclamaron —a la vez— mis dos tíos abuelos. Nos quedamos sorprendidos. Nano y Teté son diferentes. Nunca están de acuerdo. Se la pasan acusándose como si fueran dos niños de mi escuela. Pero, esta vez, querían ser lo mismo: una pluma de su pájaro favorito.

—¿Y ese pájaro cuál es? —preguntó mi papá.

—Uno que no es un pájaro como cualquier otro. Este se está perdiendo —dijo lentamente tío Nano. Y lo que hay que ver: lo dijo antes que tío Teté... que luego habló.

—Cuando éramos pequeños y vivíamos en el campo —comenzó a contar mi tío Teté— habían muchísimos de estos gavilanes. Pero ya no...

—Yo.... yo... —intentó decir tío Nano, pero Teté lo interrumpió.

—Este no se acuerda lo que dice... por eso tarda en hablar —dijo, entre risas, tío Teté.

—No... es ver... dad. Ha... blo del ga... vi... lán —aclaró tío Nano muy leeeeeeeeeentaaaaaaaameeeeeeeeeenteeeeeeeeeeeeeeee. Lucía tan fatigado como si hubiera vuelto corriendo de la estación de bomberos.

—¿El qué? —preguntó mi prima mayor, Sara, que vive con nosotros desde que yo nací.

—El gad... vig... lán... dela...es.... pañ... ola. Yo cuid... dor detos gavi... lanes hasta qui... —intentó explicar tío Nano. Pero no se le entendía nada.

—¡Viejo lento! Hasta que un incendio quemó todo el bosque. Y acabó con todas las palmas de los gavilanes —agregó tío Teté. Yo también pensé que tío Nano estaba hablando muy lentamente. Algo andaba mal, pero no lo sabíamos todavía.

—Y se.... que... mó to... do. Hasta nues.... tra ca.... sa. Así fue como... como... co... mo lle... ga... mos aquí. A... empezar la... la vi... da.

—¡Si encuentro un gavián lo cocino! —aclaró Sara, riendo.

En realidad Sara lloró mucho después de haber dicho eso. No lo dijo por mal. Pero a tío Nano le dio un dolor de pecho muy fuerte, empezó a sudar como si estuviera bañándose en la misma mesa de comer. De inmediato mi tío Nano se desmayó y lo llevaron de emergencia al hospital.

Parece que la gente tiene suerte con lo que le gusta. A tío Nano lo subieron en un vehículo que hacía el mismo sonido que el camión de bomberos. Y hasta

tenía una luz que enciende y apaga. Mi papá se fue con tío Nano, que estaba acostado en una cama muy pequeñita. Dos señores cargaron la camita y lo llevaron al vehículo que cantaba tiru-tiru. Mami me dijo que esa ambulancia lo llevaría al hospital.

—¿Se va a sanar, ma’? —pregunté muy triste. Yo temblaba.

—No lo sé, mi niña. Espero que sí.

Parece que mi tío Teté se tragó esa tarde todas las palabras. Y que Sara se tragó toda su alegría, no se contentó con nada de lo que dije para hacerla reír. Me puse un vestido suyo y me pinté la cara con su pintalabios favorito. Pero ni siquiera eso le hizo sonreír. Al contrario. Se enojó y me pidió que tomara mi siesta sin molestarla más.

Entonces, me hice la dormida. Pero escuché cuando mi tío Teté estaba con Sara y mi mamá en el salón, echados en un sofá. Sara les hizo un café. Lo supe por el olor. Cuando cuelan el café toda la casa se llena de un olor que no puede ser confundido con ningún otro olor sobre la tierra. Huele a familia o a compartir entre gente grande.

—¿Y si le perdemos? —preguntó mi tío Teté.

—Tío, ¿cómo se le ocurre? —reclamó mami.

—Poco le falta para cumplir los cien —razonó tío Teté.

—Hay quien vive mucho más de cien —aclaró Sara más serena. Ella se pone feliz cuando cree que me he dormido.

Luego mi tío Teté dejó de comentar lo que mi mamá y Sara le decían. Al poco, la casa era tan silenciosa que hasta yo pensé que me había dormido, pero no. No estaba dormida. Escuchaba el silencio y pensaba en los gavilanes... que también están perdiéndose, como mi tío Nano.

Me preguntaba si mi tío Nano y los gavilanes irían al mismo sitio al morir. Nunca se sabe. A lo mejor sí. Los gavilanes, como no los he visto nunca, de pronto no sé si los extrañaré... pero a mi tío Nano lo extrañaría muchísimo.

—Tienes suerte, Malia, porque no todas las niñas pueden conocer a sus tíos bisabuelos. Yo no conocí ni a mis abuelos —dijo mi maestra alguna vez.

—Yo tampoco conocí a mis abuelos. Ahora tengo dos tíos abuelos... y me quieren mucho —comenté.

La tarde seguía callada. El olor a café fue desapareciendo. Y a veces, desde mi cama, podía escuchar los pasos de mi mamá o de Sara, acercándose. Yo cerraba los ojos para hacerles creer que aún dormía la siesta, pero estaba despierta. Supe que estaba despierta (y muy bien despierta) cuando escuché el teléfono sonar. Mi mamá atendió la llamada y al colgar, les escuché celebrando la buena noticia de que mi tío Nano estaría bien. Regresaría en unos días, pero ya no podría vivir solo. Tendría que vivir en nuestra casa. Hacer terapia. Y nada de ir a la estación de bomberos ni de reñir.

—Esa molestia no, Aurora —dijo mi tío Teté.

—¿Molestia? ¡Qué va! —exclamó mi mamá.

—Nano y yo no cabemos aquí. Yo lo cuidaré. Es mi hermano.

—Claro que sí caben aquí, Sara y Malia compartirán habitación. Y usted y el tío Nano dormirán en la otra; y, créame tío, nos peharemos como toda familia, pero estaremos bien.

—Nano dirá que no.

—Tío: sus hijos y nietos viven cruzando un océano. Ustedes no tienen visa. Se tienen que quedar con nosotros. Y ya —cuando mami dijo eso último, ya yo estaba corriendo hacia mi tío Teté.

—¡Quédate! ¡Quédate! ¡No se vayan a perder como el gavilán!

Ahora esperamos el regreso de mi tío Nano. El mes que viene haremos una gran fiesta para celebrar su cumpleaños. El número cien, creo.

Conoce a Farah Hallal

¿Desde cuándo te gustó escribir?

Uy, desde siempre. Desde que tengo memoria. Recuerdo cuando tenía quizá ocho años, que leí un poema de José Martí y me dije: «seré poeta». Escribir historias me divierte. Me hace feliz. Y para escribir literatura infantil... pues hay que ir a beber de lo más puro que una tenga por dentro.

¿Y cuándo aprendiste a escribir cuentos?

Aprendo un poco cada día. Con cada intento de escritura aprendo más y más. Algo que me ayuda mucho es leer. Leo cuentos, poemas, periódicos, biografías, recetas de cocina, diccionarios, guías telefónicas, letreros en las calles... Porque leer llena la cabeza de imaginación.

¿Entonces no naciste sabiendo cómo escribir cuentos?

Oh no. Para saber escribir es necesario intentarlo una y otra vez. Por ejemplo, si queremos escribir un cuento debemos recordar que no debe faltar el qué se está contando. Es decir, cuál es el hecho que se cuenta. Tampoco debemos olvidar que los personajes son fundamentales. Quiénes son esos personajes y dónde están. Es muy importante recordar cuándo sucede la historia. ¿Hace mil años o hace un día? ¿Llovía o hacía sol? Y claro, ¿cómo lo vas a contar: como lo cuenta todo el mundo o de una manera creativa que se parezca mucho a ti? Es innecesario comenzar una historia con el clásico «había una vez». También es innecesario usar tres páginas para describir algo, y luego no usar ni tres líneas para desarrollar la historia.

¿Y cómo se cuenta una historia creativa que se parezca mucho a uno?

Bueno, hay escritores (de los siete a los 100 años) que piensan que los demás autores lo cuentan mejor. Y, en vez de confiar en su propia idea, buscan parecerse a historias que ya hemos leído antes. La gracia de premiar un cuento, por ejemplo, está en lo original que se narre. No importa si cursas el sexto grado o eres una escritora premiada, lo hermoso al narrar es eso: contar algo desde el corazón y que no suene a una historia conocida o una

película. Copiar, además de que es plagio (por lo tanto es ilegal copiar una idea de otro libro), pues además de eso, es muy aburrido. Nadie se anima a leer algo aburrido.

¿Pero cómo podemos encontrar una gran historia si tan sólo somos niñas y niños que no tienen grandes experiencias de la vida?

Bueno, por eso leer es fundamental. Nadie vive tan intensamente como para tener la oportunidad de volar sobre un dragón. Ni los adultos. Nosotros menos porque tenemos que trabajar, llevar los hijitos a la escuela y la vida es muy complicada. Pero lo mejor de todo, es que la historia más fascinante no está en un país lejano. La historia perfecta está dentro de cada uno de nosotros. Por eso es tan valioso cuando escribimos de lo que sabemos. Cuando nos interesamos en un tema y lo contamos desde nuestra manera de pensar. Y, claro, hay que investigar.

¿Investigar?

Claro, si quieres escribir sobre el Gavilán de la Española debes saber de qué color es. Qué come. Cómo vuela. No es necesario incluir en la historia todo cuanto has investigado porque sería muy aburrido poner datos copiados de una enciclopedia. Lo que un cuento necesita es emoción, pero si un cuento debe abordar una temática como, por ejemplo, el Gavilán de la Española, no tienes que hacerlo de un modo aburrido. Puedes darle la vuelta y encontrar un tema que emocione a quienes lo van a leer. Nadie quiere leer un cuento por obligación. Leemos cuentos porque nos parecen emocionantes y muy interesantes.

¿Cómo se te ocurrió escribir El ave perdida?

Bueno, lo primero es que trabajé durante algún tiempo en la Fundación Propagas. Allí conocí sobre la situación crítica de varias especies. Nunca antes oí hablar del Gavilán de la Española. Y mira que en mi casa amamos la naturaleza. Pero no tenía idea de que esta ave estaba en un estado crítico, y que es un ave muy nuestra. Entonces esta historia que escribí, la cuenta una niña pequeña que teme que sus abuelos desaparezcan, como el gavilán. Yo no tuve abuelos, y esta historia me ayudó a comprender que sí me hicieron falta. Entonces, la naturaleza nos hará falta. Hoy tenemos menos ríos que antes. Menos aves que antes. Y es una pena porque los humanos tenemos la responsabilidad de cuidar de la naturaleza porque somos quienes la dañamos, poniendo nuestro deseo desmedido de tener y desperdiciar. Yo no desperdicio ni un trago de agua. Si me sobra un poco de ají, no lo echo a la basura. Lo cuido. Porque la naturaleza me da de comer. Y eso debe honrarse con una actitud responsable y un sentimiento de gratitud hacia nuestro entorno.

¿De verdad es tan importante la naturaleza?

Pues fíjate: los árboles pueden vivir sin nosotros. De hecho, les va mejor. Pero nosotros no podemos vivir sin árboles. Sin agua. Simplemente, el ser humano no puede vivir si no tiene unas condiciones mínimas que garanticen su vida. El oro no es indispensable. Ni las casas. Ni es fundamental cambiar de juego de comedor cada cinco años sólo porque nos interesa una nueva moda. Pero el agua sí es fundamental. Sin agua no podemos vivir. Y mientras algunos niños tienen mucha agua, niñas y niños de toda la República Dominicana tienen que caminar muchos kilómetros cargando agua para poder beber un vaso. ¿Es esto justo? No.

¿Pero qué puede hacer por la naturaleza un solo ser humano?

Bueno, cada quien hace lo que puede. Como escritora, puedo escribir historias que emocionen y contagien a otras personas que ahora están formándose una idea del mundo. A través de mis historias puedo ayudar. Si estuviera en la escuela, por ejemplo, me haría cargo de un mural con temas de medioambiente. La escuela es un espacio ideal para formar un taller literario y fundar un periódico medioambiental con ayuda del maestro o la maestra de Lengua Española. A las maestras les encanta cuando hay iniciativas que nacen en el aula. Pero si lo que te gusta es el teatro, puedes fundar un grupo de teatro y escribir obras con temas que llamen la atención sobre el medio ambiente. Es más: si solo llevas a casa el mensaje de que no se desperdicie el agua y otros recursos (ropa, juguetes, comida) ya estás haciendo algo grandioso. Puede que nunca nadie te dé una medalla por eso, pero no se trata de que te reconozcan, se trata de que cumplas con una responsabilidad que sabes que tienes.

Entonces, ¿los cuentos deben tener moraleja?

No. Los cuentos que le dicen a los lectores cómo deben pensar, suelen ser un poco aburridos.

Basta con dar magia a un tema, ya cada lector hará su propio viaje y aprenderá lo que considere.

Un cuento siempre tiene un tipo de valor. No es necesario recalcarlo. No es necesario martillar con la frase: «hay que cuidar la naturaleza», lo que el cuento necesita es que cada lector haga su propia reflexión al leer una historia fascinante, divertida, emocionante, creativa, única. Una historia como solo tú la puedes contar.



Fundación Propagas

Av. Jacobo Majluta, km. 5 1/2, Santo Domingo, R.D.

Tel. 809-364-1000, Ext. 2295 • www.fundpropagas.com

E-mail: info@fundacionpropagas.do

Todos los derechos reservados, 2017

